

EL AZAR SIEMPRE DISPONE DE UN POETA PARA GUIAR  
A LOS JÓVENES EXTRAVIADOS

por Blanca Varela

I

Viene caminando por el boulevard Saint-Michel. Tiene un abrigo oscuro; me atrevería a decir que es azul, azul marino. Si tiene ese abrigo es invierno o tal vez otoño. En todo caso la memoria trae un sol liviano, ralo, allí arriba sobre los castaños posiblemente sin hojas. Es la luz de París en el limbo de los recuerdos que se afanan en teñir con ambiguos colores ciertas sombras, ciertos fantasmas.

Viene caminando y sé -no tengo la menor duda- que lo estamos esperando en torno a la mesa de alguno de los cafés que frecuentamos ese año sin dios de 1949.

Es la cita vespertina y se acerca como siempre con libros bajo el brazo, el cigarrillo apretado como un arma pequeña pero contundente entre los dedos y los ojos claros, interrogantes, sonrientes.

Octavio trae ese día, como siempre, un regalo, que puede ser una idea, un libro, una pregunta, una noticia. Algo que nos conmueve y apasiona y enciende una pronta discusión. Y allí estamos, gesticulantes, airados o conciliadores, Carlos Martínez Rivas, Arturo Serrano Plaja, Julio Cortázar, Fernando Szyszlo, Kostas Papaioannou, Monique Fong, el Alquimista Josep Palau i

Fabre, Jaime Valle Inclán, no demasiados. Algunos solamente de paso, pero todos formidablemente jóvenes. Allí los veo, aunque parpadea una luz crepuscular sobre el círculo mágico de la mesa donde compartimos vino, dudas, oscuridades, certezas, poesía.

## II

Paz es un hombre generoso, generoso de palabra y de obra. Nos acoge a los bisoños, a los don nadie, conduciéndonos a través de esa selva oscura que es este París de posguerra. Pobre, inclemente París, donde el jazz siempre nocturno se escapa por las alcantarillas y las palabras de Sartre y Camus encienden precarios universos en las cabezas de los jóvenes sobrevivientes.

Maravilloso París, donde es posible toparse en cualquier calle con Breton o con Giacometti y perseguir a Genet hasta la place Pigalle para espiarlo en su ronda nocturna y, por qué no, conversar unos instantes con Michaux en una galería de la rue du Dragon y descubrir, unas horas más tarde, que ese señor serio y ensombreado que bebe un aperitivo en la mesa vecina no es otro que Merleau-Ponty.

Amo de su propio laberinto, Octavio nos enseña a reconocer las paredes del túnel, a escoger a tientas el grano bueno del malo y a nutrirnos con ambos, y si bien es cierto que cada cual canta y desentona como puede y a su manera, es su voz de poeta, sin duda la más alta y clara, la que nos señala y acerca a un cielo lleno de cosas nuestras. Un cielo que es, sin duda, la naciente conciencia de gentes del otro lado del mundo.

## III

En el café del hôtel des États-Unis, que se ha convertido en nuestro reducto definitivo, un tanto alejado del ruidoso existencialismo del Flore, el fin o el comienzo de fiesta está a cargo del poeta nicaragüense Carlos Martínez Rivas. Guitarra en mano canta: "Ay de mí, llorona, llorona de azul celeste...".

Llegada la noche en casa de los Paz, rue Victor Hugo, nos apretamos entusiasmados en torno a ese otro maestro del canto, Rufino Tamayo, tal vez menos diestro en la guitarra que con el pincel, pero gran intérprete de los acompasados delirios de Agustín Lara.

Y hay también otra mesa. La mesa grande de los Paz. Por allí cerca camina una niña pequeña que saluda y se despide comme il faut, con una reverencia.

Hay pan, vino, queso, una excelente sopa, frutas. También, ocasionalmente, mujeres hermosas que ríen y seducen; y hombres que saben muchas cosas y también seducen.

La sobremesa dura hasta la madrugada. Comulgados todos con el afecto y la amistad, queda en cada uno de nosotros un feroz apetito, una angustia que nada sacia.

Para distraerla, para aplacarla, cantamos, bailamos. Hacemos locas, inimaginables fiestas de disfraces. Bailamos el recién nacido mambo frenéticamente, y el tango, que "los franceses bailan muy mal", ¿no es cierto, Octavio?

IV

Pero sobre todo jugamos. Jugamos especialmente a los personajes. Y veo a Cabrera, el filósofo, muy serio, mimando algo tan complicado que no logramos adivinar o descubrir jamás; y a la bella Ramona, su esposa, muy tímida, pero consiguiendo su propósito. Y me descubre a mí misma, haciendo gestos impropios en el centro de un salón demasiado iluminado. Trato de comunicar que soy el libro El segundo sexo de Simone de Beauvoir.

También barajamos proyectos, utopías. Una revista que haremos; se llamará El Pobrecito Hablador. Y esa comunidad que vamos a formar en algún lugar de México, me parece que en una zona muy alta, lo más cerca posible del cielo, junto a un lago azul y no lejos de una familia de volcanes. Seremos felices, no existirá el matrimonio burgués, los hijos serán de todos, escribiremos, pintaremos, trabajaremos la tierra, haremos nuestros propios utensilios. Lawrenceanos estamos, y el paraíso es la libertad y la inteligencia y el retorno a la desnudez y a la belleza primeras.

Nunca faltan el humor y la fantasía. Octavio, arrebatado por estos planes, diseña verbalmente el vestido ideal para los miembros de la comunidad. Un amplio mameluco, un overall, como quiera que se llame, muy suelto y cómodo, sin ataduras para la carne ni para el espíritu, cuya particularidad es tener muchos bolsillos, bolsillos en mangas, pantalones, pecho, espalda, caderas, etcétera, destinados a guardar y llevar libros.

## IV

Pero sobre todo lo ganamos a diestro y especialemente a los  
 personajes en Paríseo al Lavatosa, por el Odósio, a muy serio como miembros  
 a tal vez con más adó que se no de esas os edivinar la descubierta más: Y  
 a pes de la de Rationar, su espere es muy de la da, pero o tras unidas por las  
 propias tobesi on es de sabuer a ratic inismas parolando gestos, inpropios  
 en política de justicia, on la de más de ad ilustres de diferencias comunicar  
 que soy a se eno janzals secundario sexo de la more, de de tras in lenguas y  
 razas también en la ralanos de pro y rados, o utopias into una revista que los  
 hombres" se llamará El Pobrecito Hablador. Y esa comunidad que  
 vamos a hora, muchos a hñs después, Métrica me parece que en una mesa  
 zona naba alta y le presenten ya es posible de lo que se junto a un lado  
 a su saboreo tras con un palafanis la de os hñes. y se en tras felices, no.  
 enéctota, e cual quimora que us que s halos trajo s serón de de escapa al  
 tiempo y en os que tra ven los ta d raba para más recordar, recordar mal, a  
 nientas, no os sico uterisilente. para recuperar esta certeza que paraíso  
 pertenencia a un d ba dentos igencipty sel reton que la de desnudez y a  
 donde de a nte mieras con la sangre del espíritu, con la aceptación  
 de un destino, tal nes b m m d r e y el a d r a s i a se en a n t r a en los  
 textos oripianos pid es na s v a r i a t e l e v a r i a d o i d e a l p a r a l o s u n a  
 época de de vá da o n e m i a d e O t a m p l i n e n a r e l e c e g i n l a v e r a l l a . c o m o  
 quiera que se llame, muy suelto y cómodo, sin ataduras para la  
 carne ni para el espíritu, cuya particularidad es tener muchos  
 bolsillos, bolsillos en mangas, pantalones, pecho, espalda,  
 caderas, etcétera, destinados a guardar y llevar libros.